vas responsabilidades y obligaciones. Pero también nosotros tenemos que aprender a manejar de nuevo esta relación. Canadá ha asumido con gusto sus nuevas tareas; ojalá América Latina sepa corresponder a este hecho y dejar de lado su dependencia de Estados Unidos.

Roberto Hinestrosa Rey

Capítulo primero

La identidad cultural en Canadá

Carlos Carbonell

I. Los relatos de la identidad en Quebec

Introducción

El problema de la cultura en el marco de las relaciones entre los Estados y las comunidades minoritarias adquiere unas connotaciones particulares en las diferentes regiones del planeta. En el caso del Occidente desarrollado (entendido como Europa occidental, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda), caracterizado por organizaciones estatales con regímenes constitucionales democráticos y economías prósperas donde el estado de bienestar tiene un tamaño considerable, las etnias o naciones que no tienen un marco político-territorial apropiado para la plena expresión de sus elementos culturales tienden a buscar la satisfacción de este objetivo a través de vías pacíficas como la negociación o los canales democráticos garantizados por la justicia y las leyes.

La identidad es en este contexto el crisol donde se manifiestan las transformaciones históricas de la lucha por la

reivindicación de una cultura frente a otras. Deja de ser, pues, concebida aquí desde una perspectiva "esencialista" o "primordial", perspectiva que tiende a perpetuarse en los imaginarios de lo cotidiano. Por el contrario, la identidad es un fenómeno cambiante, cuya definición es reformulada por los mismos pueblos interesados en hacer valer uno u otro aspecto de su dinámica social en la constante búsqueda de sí mismos, estimulada y exigida por los avatares del tiempo. Exploración que se hace cada día más difícil, debido a la complejidad de las variables que entran a participar en la definición de identidad, como las dinámicas cada vez más intensas de relacionamiento entre sociedades y culturas, los flujos simbólicos o migratorios, las sofisticaciones en los usos del poder y el desmoronamiento de los tejidos sociales que conduce a negaciones sistemáticas del otro y al desencuentro con "sí-mismos".

El caso de Quebec es ilustrativo de la manera como las reivindicaciones de identidad conducen a expresiones particulares de la etnicidad y el nacionalismo, las cuales intentan impulsar procesos de independencia a partir de ciertas variables comunes a otras latitudes de la esfera occidental aquí considerada[1]. Es prioritario destacar la existencia de referentes culturales fuertes para la consolidación del sentimiento colectivo: "una porción de adhesión comunitaria es necesaria después de todo para un grupo, si éste quiere ser étnico en un sentido significativo, aunque la predominancia y el nivel de inclusión de las diferentes características cohesionadoras a partir de las cuales se determinen las fronteras étnicas varíe de acuerdo con las distintas circunstancias"[2]. Por ello se suele afirmar

1. Ya en otra parte he intentado elaborar una reflexión detallada sobre esta problemática. Véase "El fenómeno regional en Europa occidental", Carlos Carbonell (dir.), en *Oasis 97*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1998, p. 389 a 498.
2. Sun-ki Chai. "A theory of ethnic group boundaries", en *Nations and Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, Vol. 2, nº 2, 1996, p. 281.

que lo étnico no desaparece en el surgimiento de las naciones modernas, y lo que se produce es la reelaboración de estos elementos en función de los preceptos que trae consigo el proyecto histórico de la modernidad[3].

La presencia de instituciones como la Iglesia y los partidos políticos, alrededor de las cuales se genere un sentimiento de solidaridad que facilite y dirija la acción colectiva; la voluntad de hallar estrategias que permitan abstraerse del Estado central y alcanzar formas propias de soberanía; la posibilidad material de emprender con éxito procesos separatistas debido al sustento de economías regionales sólidas; un mínimo de garantías democráticas que abren el campo a posibilidades de negociación y diálogo entre las partes enfrentadas; los límites que la preservación de un modelo democrático en ámbitos heterogéneos como los de las actuales sociedades pueden traer para la satisfacción del objetivo independentista; y la existencia de contextos estables de intercambio comercial con otros países que contribuyen a crear nexos económicos duraderos entre las naciones sin Estado y el contexto mundial, son algunos de los elementos encontrados en el análisis sobre los nacionalismos del "Occidente" tomado en consideración. Un examen de problemáticas como las de los vascos y catalanes en España, los católicos en Irlanda y los flamencos en Bélgica contribuyen a reforzar esta propuesta.

A continuación se examinarán las relaciones entre los factores anteriormente considerados para el caso específico

3. Véase, por ejemplo, Anthony Smith. *La identidad nacional*, Barcelona, Edit. Trama, 1997. Es necesario señalar que el análisis se limita en este artículo a las "naciones que tienen fundamento étnico". Lo anterior implica sólo a colectividades insertadas en la modernidad occidental, cuyas características culturales premodernas, como la lengua o la religión, han sido apropiadas por esta corriente histórica a través de procesos educativos. Por lo tanto quedan excluidas las comunidades autóctonas, que aún conservan elementos de carácter premoderno en la esencia constitutiva de sus sociedades. En este sentido, el artículo sobre Nunavut que se ofrece al lector en este mismo texto puede ser un complemento de la presente reflexión.

de los francófonos en Canadá, su evolución histórica y las posibilidades que tiene la aparición de un nuevo Estado en el mundo a partir de la conciliación entre actores con intereses enfrentados. Asimismo, esta reflexión intentará dar cuenta de los cambios que se han suscitado en la formulación de la identidad quebequense hasta la actualidad.

A. Las relaciones de franceses e ingleses en Canadá: Una mirada etnohistórica

Los franceses arribaron a las costas de Quebec y Nueva Escocia varios años antes de la conquista inglesa en 1756. Este referente histórico es uno de los elementos fundadores del nacionalismo quebequense contemporáneo. En la Proclamación Real de 1763, los habitantes de la llamada Nueva Francia (aborígenes e inmigrantes franceses) fueron sometidos a las leyes de la Corona, con lo que se inauguró una nueva forma de relación entre los recién llegados y los antiguos ocupantes. Los *canadiens* (nombre que los franco-parlantes de Canadá recibieron hasta el siglo pasado) continuaron luchando por la preservación de su patrimonio, su tierra y sus características culturales bajo la dominación británica.

Esta fue la época de la concepción esencialista y tradicional de la identidad francocanadiense, cuyos elementos articuladores eran el idioma francés, el sistema económico feudal y la Iglesia católica. No existía, por lo tanto un referente fuerte del grupo hacia un territorio específico. La definición de la identidad estaba orientada hacia el pasado, hacia las raíces y hacia Francia como *la patrie d'origine* a la cual se rendía memoria y homenaje.

Esto deja en claro que los *canadiens* estaban definidos por su ascendencia, por el imperativo del linaje y por las tradiciones del pueblo francés que habían sido trasplantadas y reelaboradas por la nueva comunidad de migrantes, sin limitarse a un territorio en particular dentro de Canadá. Asimismo es necesario señalar que en la formulación de los rasgos de identidad se tenía a los anglosajones como el "otro" frente al cual debían los francoparlantes definir sus fronteras y diferencias culturales.

La Iglesia jugó un papel de primer orden en la consolidación del nacionalismo francocanadiense entre mediados del siglo XVIII y mediados del XX. La revolución Francesa y la revolución Industrial eran vistas por el clero como una amenaza a los fundamentos de la sociedad tal y como era concebida entre los sacerdotes católicos y la élite rural francoparlante. Lo anterior condujo a que la Iglesia emprendiera una labor más comedida como intermediaria entre el gobierno canadiense y la población francesa del país.

A partir de entonces, la preservación de las fronteras culturales entre ingleses y franceses comenzó su desplazamiento hacia la esfera política moderna del Estado-nación, proyecto emprendido por los anglosajones en el seno de la Federación. El Estado canadiense era consciente de la influencia ejercida por los representantes de la cultura francesa en su territorio, razón que lo condujo a desarrollar una política conciliadora antes que asimilacionista frente a la comunidad francófona. Este elemento es importante, pues sienta las premisas sobre las cuales se funda la construcción de un Estado pluricultural en Canadá, en contraste con otros procesos de formación del Estado-nación en Europa occidental durante el siglo XIX.

Los *canadiens* y los ingleses hicieron un pacto que otorgaba a la Iglesia católica y a la élite francófona el control político y social sobre la población de Quebec. Esto ayudó a salvaguardar la lengua, la religión y el modelo económico de los francocanadienses de la influencia inglesa, protestante e industrial impulsada con vigor por sus vecinos. No obstante, los anglosajones detentaban en virtud de este acuerdo el poder económico y comercial sobre

la provincia, lo cual vendría a generar en el largo plazo grandes disparidades socioeconómicas entre Quebec y las provincias de habla inglesa.

Es necesario destacar en este punto el vínculo existente entre Quebec y los estadounidenses en materia de intercambio de bienes y servicios. En las primeras décadas del siglo XX se hacía evidente la ausencia de capital francocanadiense, y en menor medida anglocanadiense, frente a la presencia de inversiones estadounidenses concentradas en la explotación de recursos naturales. Esto significó el establecimiento de prioridades económicas ajenas al ámbito provincial, en una situación de dependencia y subordinación que persistió durante varios años.

B. La revolución tranquila y los cambios en la concepción de la nacionalidad quebequense

La mencionada división del poder en Quebec gobernó a su población hasta 1960. Maurice Duplessis, figura dominante en la política provincial entre 1945 y 1959, fue el encargado de formalizar los acuerdos entre anglocanadienses y francófonos iniciados tiempo atrás por la Iglesia católica.

La muerte de Duplessis fue el acontecimiento que dio paso a la llamada "Revolución Tranquila", proceso social transformador de las bases en las cuales se cimentaba la sociedad quebequense. Jean Lesage, del Partido Liberal de Quebec (PLQ), es elegido en 1960 como primer ministro en representación de una nueva generación de clase media que deseaba la secularización de la sociedad y la inserción en un modelo económico de base industrial del cual se hallaban rezagados.

Las circunstancias históricas habían cambiado, pues el gobierno provincial había delegado el papel cohesionador de la Iglesia a los miembros de la sociedad quebequense para constituirse él mismo en el propulsor del imaginario nacionalista basado en la concepción territorial y legal del Estado.

Esta ruptura no resta continuidad a ciertos elementos que siguen siendo determinantes cuando se trata de hablar de los rasgos que constituyen la identidad quebequense. El patrimonio lingüístico es el estandarte indiscutido de esta distinción, toda vez que la defensa y la propagación del idioma francés es una prioridad política del Estado y los sucesivos gobiernos en la esfera interna e internacional.

Sin embargo, la definición de la identidad con base en el territorio comportaba algunas consecuencias que entrarían a modificar las fronteras culturales, multiplicando o limitando los referentes a partir de los cuales un individuo podía o no considerarse *québécois*.

Este nuevo apelativo, que reemplaza al de *canadiens* y subordina al de francocanadienses a partir de los años sesentas, es reflejo de la transformación operada en la formulación de la identidad nacional. En primer lugar, la base genealógica pasaba a un plano de importancia relativa, pues los franco-canadienses que vivían fuera del territorio de Quebec no se hallaban cobijados por esta denominación. Por su parte, los *québécois de souche*[4] (término con el cual se conoce a los quebequenses que descienden directamente de franceses) debían compartir en adelante este referente de identidad con individuos y colectividades que vivían dentro de sus fronteras espaciales mas no culturales: "Los pueblos aborígenes que a principios de los años sesenta eran todavía llamados *indígenas* y fueron excluidos de los debates centrales concernientes a las relaciones franco-inglesas y el multiculturalismo; los ingleses que poseían aún considerable poder económico, político y cultural; los neocanadienses, que incluyen los inmigrantes

4. De raíz.

y sus descendientes, esto es, los grupos no franceses, no británicos y no aborígenes"[5].

El fenómeno de la multiculturalidad en Quebec surge así como una dificultad de enorme trascendencia en el propósito de alcanzar una cohesión social que facilite la adopción de políticas y el logro de objetivos comunes. Diferencias étnicas y desigualdades sociales de base cultural se ponen en el camino de una conciliación entre los diversos grupos, lo cual ha producido una tendencia a fomentar las disparidades en lugar de resolverlas.

Lo anterior es particularmente evidente si se examina el sitial de privilegio que la comunidad francófona desea concederle a sus miembros en el ámbito de la provincia. La Carta de Derechos y Libertades de Quebec, promulgada en 1975, reconoce que las personas pertenecientes a minorías étnicas tienen derecho de mantener y desarrollar su propia vida cultural. No obstante, en 1981 el gobierno de Quebec elaboró un documento que proponía diferenciar entre dos categorías de individuos: los miembros de la nación *québécois* y los de las "comunidades culturales", y sostenía que el desarrollo de las diversas colectividades en Quebec requería la vitalidad de la provincia en tanto "sociedad francesa".

Todo esto ha conducido a un debate en torno a las estrategias que deberían diseñarse para garantizar la integración de todos los grupos que ocupan el territorio de Quebec, sobre todo en momentos en que esta unidad es necesaria para decisiones de gran trascendencia (como en los referéndums por la soberanía de 1980 y 1995).

El principal interrogante que surge tiene que ver con la compatibilidad de la nación y la diversidad cultural. Hablar de "Estado multicultural" significa garantizar la existencia libre e igualitaria de varias comunidades culturales en un territorio. Los gobiernos de Quebec han criticado este modelo (que es el adoptado por la Constitución canadiense), por cuanto lo consideran una "ideología débil" que aísla las culturas y oculta las diferencias políticas e históricas entre varios grupos étnicos. En Quebec se ha preferido hablar de "interculturalidad", noción que abre la opción de una interacción dinámica entre las minorías y la mayoría. "El interculturalismo es visto como una forma deseable de pluralismo porque permite a las sociedades y grupos alcanzar un nivel creciente de capacidad adaptativa en la medida en que los individuos adquieran un conocimiento mutuo más complejo y equilibrado"[6]. La interculturalidad así entendida reconoce la existencia de un grupo dominante o mayoritario que entabla interacciones con las minorías en múltiples dimensiones de la vida social.

El proceso adaptativo se distancia en esta medida del asimilacionismo, puesto que no se trata de suplantar los elementos culturales de las comunidades minoritarias por los del grupo hegemónico, sino de proponer un modelo unificado que no suprima los particularismos. En este sentido, es preciso señalar que las colectividades pueden compartir una "vida en común" sin llegar a crear un sentimiento de "comunidad". El objetivo del proceso de adaptación es lograr que un agregado humano adquiera un sentido de pertenencia a una base comunitaria más amplia desde sus propios referentes culturales.

Esta concepción de la interculturalidad en Quebec es fundamentalmente una propuesta política que busca tomar distancia de la percepción anglosajona alrededor de los derechos colectivos, tema que se analizará más adelan-

5. Danielle Juteau. "Theorising ethnicity and ethnic communalisations at the margins: from Quebec to the world system", en *Nations and Nationalism*, Vol. 2, nº 1, 1996, p. 48.

6. *Ibidem.*, p. 62.

te. Sin embargo, su puesta en práctica ha dejado en evidencia contradicciones que plantean serios interrogantes en cuanto a la viabilidad y la voluntad políticas sobre la conformación de dicha sociedad.

El establecimiento de dos categorías mutuamente exclusivas (*québécois* y miembros de las comunidades culturales) implica la permanencia de un cuerpo central de nacionales frente a los no francófonos. Aunque se ha previsto reemplazar el término "miembros de las comunidades culturales" por "quebequenses de las comunidades culturales", esto no es suficiente para eliminar las diferencias entre los *québécois de souche* y los demás grupos. Aunque todos son quebequenses, hay algunos que siguen siéndolo más que otros.

Esta afirmación se manifiesta en aspectos decisivos de la vida provincial, como sucede con las políticas lingüísticas y migratorias. El francés ha sido instaurado como el idioma de la comunicación y uso público dentro de la población quebequense; la importancia otorgada al tema de la lengua ha dejado en claro que existe un desplazamiento del inglés, las lenguas aborígenes y otros idiomas a una esfera secundaria de las relaciones entre los ciudadanos. Esto no ha dejado de generar conflictos con el gobierno central, que condenó la Ley 101 sobre el idioma desde su aparición en 1976, calificando algunas de sus cláusulas de anticonstitucionales[7].

Las leyes sobre inmigración tienden a reforzar esta posición de privilegio de la francofonía en Quebec. "La

7. "La Ley 101 estipula que en Quebec debe haber un idioma común en el trabajo, la enseñanza, la comunicación, el comercio y los negocios. La minoría angloparlante podría conservar su propio idioma en las instituciones médicas y sociales patrocinadas por el gobierno, en las escuelas públicas y las universidades. Sin embargo, fue negado el acceso a las escuelas primarias y secundarias de lengua inglesa a francoparlantes o a aquellos cuya lengua materna no fuera el francés o el inglés." Véase Stéphane Dion. "El nacionalismo quebequense y la tentación secesionista", en *Interpretaciones sobre la Quebec contemporánea*, México, Universidad Autónoma de México, 1996, p. 182 a 184.

insistencia en la integración de los inmigrantes a la cultura francoparlante hoy es mayor que en otros momentos, y la reciente declaración política gubernamental ilustra el grado en que esta meta constituye la piedra angular de la política de inmigración en Quebec"[8].

Pero la actitud de Quebec se encuentra justificada por su posición en el contexto del Estado canadiense. La provincia francófona siempre se ha preocupado por establecer una diferenciación clara con respecto a las demás provincias angloparlantes en materia de política y cultura, así como con el gobierno federal. Por su parte, Canadá tiene el mismo objetivo de lograr la cohesión nacional unificando los diversos grupos sociales bajo unos principios comunes a todos sus miembros. Es en este punto donde surge el conflicto de intereses y se generan grandes desacuerdos sobre las premisas que deberían regir a la Federación.

Este debate es relativamente reciente, pues aparece durante los años 60 y cobra fuerza a principios de los 80, en el transcurso del proceso que daría forma a la Ley Constitucional de 1982. La adopción de dos opciones divergentes para diseñar políticas de integración nacional o provincial (multiculturalidad e interculturalidad) se fundamenta en la defensa de principios contradictorios relacionados con la concepción de la ciudadanía y la nacionalidad, así como con su expresión en el marco legal:

> Después de la reforma de 1982, la única integración constitucional de la ciudadanía es la de "pueblo". Este "pueblo" coexiste con el Estado federal, el cual goza tanto de un mandato político que proviene de un cuerpo político, canadiense en su totalidad, como de una capacidad que

8. Jean-Philippe Thérien y otros. "El surgimiento de un nuevo actor internacional", en *Interpretaciones sobre la Quebec contemporánea*, México, Universidad Autónoma de México, 1996, p. 236.

actúa y dirige sobre todo su territorio y población. La realidad multiétnica de Canadá está comprendida en esta perspectiva de la soberanía. El artículo sobre la herencia cultural se insertó en esta estructura jurídica, precisamente porque correspondía al rechazo de las comunidades nacionales y a la restauración de la totalidad social. El concepto de "pueblo" se reduce a una colección de individuos, y la diversidad cultural se halla tan entremezclada que ninguna entidad regional podría establecer que abarca, representa o expresa los intereses de un grupo o de otro. Sólo se puede concebir como totalidad. Sobre la heterogeneidad cultural se constituye una sociedad, un todo político y un "pueblo", con una enorme capacidad para integrar ciudadanos de todos los orígenes[9].

La propuesta citada favorece la perspectiva de los derechos individuales en términos de ciudadanía, dejando en un segundo plano el tema de las identidades que no sean del nivel nacional. Los derechos colectivos y el reconocimiento de las comunidades nacionales no están consagrados en el cuerpo constitucional de la Federación.

Esta situación es abiertamente rechazada por Quebec, pues en su momento fue considerada una estrategia del gobierno federal para limitar las aspiraciones de la provincia francófona. Al colocar en pie de igualdad a todos los grupos minoritarios, Quebec tendría el mismo *status* de cualquier otra minoría. Este hecho tiende a minimizar el peso histórico de los franco-parlantes en Canadá, y erosiona la soberanía política de la comunidad quebequense. A lo anterior se suma el sentimiento de vulnerabilidad de los francófonos en la Federación, pues éstos suman menos del cinco por ciento de la población en todas las provincias

9. Gérard Boismenu. "La difícil conciliación de la ciudadanía, la etnicidad y la nacionalidad", en *Interpretaciones de la Quebec contemporánea*, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1996, p. 151 y 152.

fuera de Quebec, y su proporción sobre la población canadiense cayó de 29% en 1941 a 24% en 1991[10].

La discusión sobre la primacía acordada a los derechos individuales sobre los colectivos en la actual Constitución es la causa principal del rechazo de Quebec a la ratificación de la misma. Los intentos de Lago Meech y Charlottetown por alcanzar una conciliación con Quebec no lograron satisfacer las exigencias de una sociedad cada vez más polarizada a favor de la secesión de la provincia, y constituyen aún hoy la principal fractura en la unidad de la Federación canadiense.

Es precisamente en este contexto de inconformidad con las políticas del gobierno central y la comunidad angloparlante que se lleva a cabo el referéndum de 1995, el cual casi favorece la independencia de Quebec en un marco de continuidad de las relaciones económicas con Canadá.

Vemos entonces que la actitud reivindicativa de los quebequenses frente al resto de Canadá en favor de su soberanía surge como una necesidad de retomar la gestión política y económica de su provincia con miras a la preservación de su identidad cultural. Pero al mismo tiempo, esta actitud genera prácticas hegemónicas hacia los inmigrantes, aborígenes y miembros no quebequenses que habitan este territorio. La resolución de este dilema depende de una reforma constitucional que garantice el reconocimiento de las comunidades nacionales y los derechos concretos para las poblaciones minoritarias.

No obstante, este camino es arduo y requiere profundas discusiones sobre la mejor manera de conciliar versiones radicalmente opuestas alrededor de los principios organizadores del Estado canadiense. Los escenarios de concertación no han ofrecido hasta el momento soluciones

10. "Mother Tongue", en *Statistics Canada*, Ottawa, Ministerio de bienes y servicios, censos de Canadá, 1992.

viables, y lo que puede observarse es el recrudecimiento de las diferencias y una actitud de escepticismo sobre el éxito de una eventual conciliación entre los habitantes de la provincia.

La posibilidad de la autonomía política parece abrirse camino entre los francófonos en medio del silencio, frente a la dilatación de un eventual acuerdo entre las partes. Pero, ¿qué escenarios favorecerían la opción de la soberanía y cuáles serían los límites de esa alternativa hacia el futuro?

C. La soberanía-asociación y la autonomía de Quebec en el marco de la interdependencia institucionalizada

Todo tránsito hacia el separatismo genera incertidumbres de muy diversa índole, pero existen sociedades que han alcanzado un alto grado de organización institucional y madurez política para emprender con éxito este proceso. En el caso de Quebec, su situación en el contexto de un Estado democrático, sus índices de bienestar económico y su larga tradición nacional son elementos que proporcionan garantías para la consecución de resultados favorables en el largo plazo.

Pero subsisten aún varias inquietudes que han conducido a nuevas formulaciones del proyecto independentista. La principal dificultad de los nacionalistas para lograr un respaldo decidido de la población quebequense a la idea de la soberanía reside en el interrogante sobre los costos de la ruptura política con Canadá. Sus habitantes no votarían a favor de un proceso que vaya en desmedro de su nivel de vida, y por esa razón los dirigentes de los principales partidos que apoyan la independencia buscan fórmulas para evitar que sus anhelos sean satisfechos en medio de graves traumatismos de tipo económico y social.

En el ámbito actual de la globalización y las relaciones económicas internacionales (que se han intensificado sobre todo en Occidente desarrollado), es inevitable tener en

cuenta el papel de estas dinámicas en la aparición de nuevos estados y su influencia en las estrategias diseñadas por los líderes separatistas para lograr modificaciones en el *statu quo*.

Así, los partidos políticos en Quebec han visto en el liberalismo económico una oportunidad para abstraerse del poder central, y han apoyado el fortalecimiento de vínculos comerciales con empresas y actores internacionales. Lo anterior es el reflejo de un cambio de perspectiva frente a las versiones tradicionales del nacionalismo, asociadas con el proteccionismo y la defensa de los intereses económicos nacionales.

Desde el origen mismo del *Parti québécois* en 1968 se propuso la figura de la soberanía-asociación como fórmula para garantizar la independencia sin provocar una ruptura radical con los lazos económicos ya establecidos con las demás provincias canadienses y el gobierno federal. La propuesta incluye el establecimiento de un mercado común con Canadá, donde se contempla la libre circulación de bienes, servicios, capital y mano de obra en el marco de una unión monetaria.

Es interesante constatar la continuidad acordada de la primacía de las dimensiones política y cultural sobre la autonomía económica en la historia de las relaciones entre Quebec y Canadá. No obstante, el fracaso en el referéndum de 1980 –que hubiera permitido al PQ negociar la soberanía-asociación– fue atribuido a la inseguridad de la población respecto a la sostenibilidad económica del naciente Estado.

Para algunos, "la derrota en el referéndum de 1980 'cambió el enfoque de nacionalismo político a nacionalismo económico; en otras palabras, el fracaso de alcanzar una independencia política estimuló los esfuerzos del PQ para alcanzar la independencia económica'"[11]. Se hacía

---

11. Pierre Martin. "El nacionalismo y la política de libre comercio en Quebec", en

indispensable fortalecer el sector público y privado de la economía quebequense, y lograr la adhesión de la élite empresarial a la causa independentista.

Esta transformación se hizo palpable especialmente en la década de los 90, luego de una decidida labor de los gobiernos nacionalistas en el poder para atraer a todos los grupos y clases sociales en torno al tema de la soberanía. La capacidad industrial y de servicios de la provincia había logrado un nivel aceptable de autonomía, y las políticas conservadoras adoptadas por Mulroney desde su posesión en 1984 redujeron forzosamente la dependencia de los aportes fiscales para el bienestar social otorgados por el gobierno central.

Este elemento redunda en beneficio de los grupos que apoyan la independencia: "La gestión de las políticas económicas y sociales a nivel del grupo nacional más que desde el Estado central proporciona a los dirigentes políticos nacionalistas algunos medios para moldear los elementos básicos de la movilización por la soberanía: formación de identidad y solidaridad social"[12].

El anuncio de un Acuerdo de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos a finales de la década de los 80 induce a los líderes políticos locales a asumir una posición frente al tema. Aunque en una primera instancia se expresaron reservas, la posición de los diferentes sectores, autonómicos o separatistas, terminó coincidiendo en el apoyo a la zona de libre comercio creada en el seno del TLC. Tanto el *Parti québécois* como el Partido Liberal de Quebec se muestran decididos partidarios de la integración económica continental.

Interpretaciones de la Quebec contemporánea, México, Universidad Autónoma de México, 1996, p. 209.

12. Hudson, Meadwell. "Economic integration and the politics of indepen-dence", en *Nations and Nationalism*, Cambridge University Press, Vol. 2, n° 1, Cambridge, marzo de 1996, p. 75 y 76.

Los argumentos en favor de la liberalización comercial están ligados a la disminución de las incertidumbres que produce un contexto de "interdependencia institucionalizada". El principal temor de la población hacia el proyecto independentista tiene que ver con el nivel de competitividad que podría tener Quebec en condiciones de libre comercio abierto, sin barrera alguna ni restricciones a la entrada o salida de capitales. No obstante, el hecho de que el TLC surja en un ámbito regional limitado, bajo la firma de acuerdos estables y duraderos y con reglas de juego claras para los actores, permite generar una mayor confianza y limitar los riesgos a una esfera restringida. "No basta la interdependencia económica si no está acompañada de regímenes internacionales relativamente estables que permitan reducir al mínimo los costos de la independencia"[13].

En este contexto, la apertura de los mercados hace que los nexos económicos con el Estado central puedan disminuirse progresivamente hasta reducir al máximo la subordinación a las decisiones políticas adoptadas por el gobierno. "A medida que los regímenes internacionales se consolidan, el papel del Estado central como garante del acceso a los mercados para las firmas comerciales locales tiende a reducirse, y los lazos económicos con otras regiones del país devienen relativamente, menos esenciales"[14].

Existe no obstante un límite jurídico a la posibilidad de que una eventual transición hacia la independencia le permita a Quebec gozar de los tratados comerciales firmados con Canadá. El derecho internacional consuetudinario consagra el principio del *res inter alias acta*, según el cual los tratados sólo afectan a las partes que se comprometen con la firma de tales acuerdos, aunque el *Pacta Sunt Servanda* abre la posibilidad de que un Estado secesionista logre

13. *Ibidem.*, p. 73.
14. *Ibidem.*, p. 75.

convertirse con el tiempo en parte de los tratados existentes con el Estado predecesor.

De todos modos, "los nacionalistas creen que en el futuro el flujo de intercambio económico será crecientemente de norte a sur, mientras que el mercado orienteoccidente estará asegurado por el libre comercio, las reglas del GATT (hoy OMC) y un interés mutuo en el comercio y la globalización de la economía, sin tomar en cuenta si Quebec permanece como provincia de Canadá o se separa"[15].

Conclusiones

Este recuento histórico de las transformaciones que se han producido en torno de la concepción de la identidad en Quebec genera dos reflexiones. En primer lugar, es interesante constatar el paso de una identidad "esencialista" a otra que es producto de una sumatoria de factores necesarios para la consolidación del proyecto estatal. El arraigo de la propia cultura entre los miembros de un grupo crea fronteras de distinción con otros grupos étnicos o nacionales que, en el contexto de la modernidad, requieren un escenario político como el Estado-nación para manifestarse. La modernidad tardía modifica la reciprocidad pretendidamente necesaria de esta relación para formular una propuesta de organización social en la cual se incluyan la heterogeneidad cultural y los procesos de globalización económica que atraviesan la dinámica de los estados occidentales contemporáneos.

En segundo lugar, es importante resaltar que el apoyo popular a la idea de la independencia depende más de determinadas coyunturas políticas que de una voluntad firme y sostenida. Aunque el proceso de separatismo en Quebec iniciado en los años 60 es uno de los que más probabilidades tiene de hacerse realidad en el Occidente desarrollado, los actuales elementos que configuran la identidad quebequense contrastan con la heterogeneidad social existente en la provincia y limitan, antes que ampliar, las perspectivas de cohesión en torno a un proyecto colectivo.

Los grupos minoritarios, los migrantes y las comunidades aborígenes temen que una Quebec soberana adopte políticas más decididas en apoyo de la francofonía y en detrimento de sus intereses y premisas culturales. Algo similar sucede con los sindicatos, productores agrícolas y algunos nacionalistas de izquierda, que se oponen a las ideas del libre comercio y a la perspectiva de una Quebec independiente en condiciones de apertura económica.

El fundamento democrático de la vida política en Quebec ha constituido a la vez un obstáculo y una posibilidad enormes en la toma de decisiones alrededor del tema de la independencia. Esta condición es necesaria y posible en aquellos entornos que permiten la convivencia y el diálogo. Mientras las voces en favor y en contra de este proceso histórico continúen escuchándose, y mientras la tendencia a generar desigualdades y discriminación social a partir de elementos culturales o ideológicos se reduce, la sociedad quebequense continuará gozando de un entorno social verdaderamente soberano y consciente de su devenir.

15. Dion. *Op. Cit.*, p. 187.

Bibliografía del punto I

Blais, André y otros, "Attentes économiques et linguistiques et appui à la souveraineté du Quebec", en *Canadian Journal of Political Science*, 1995, Vol. 28, n° 1.

Boismenu, Gérard. "La difícil conciliación de la ciudadanía, la etnicidad y la nacionalidad", en *Interpretaciones de la Quebec contemporánea*, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1996, p. 147 a 169.

Chai, Sun-ki. "A theory of.ethnic group boundaries", en *Nations and Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, Vol. 2, n° 2, 1996, p. 281 a 307.

Dion, Stéphane. "El nacionalismo quebequense y la tentación secesionista", en *Interpretaciones sobre la Quebec contemporánea*, México, Universidad Autónoma de México, 1996, p. 171 a 192.

Juteau, Danielle. "Theorising ethnicity and ethnic communalisations at the margins: from Quebec to the world system", en *Nations and Nationalism*, Vol. 2, n° 1, 1996, p. 45 a 66.

Martin, Pierre. "El nacionalismo y la política de libre comercio en Quebec", en *Interpretaciones de la Quebec contemporánea*, México, Universidad Autónoma de México, 1996, p. 193 a 216.

Meadwell, Hudson. "Economic integration and the politics of independence", en *Nations and Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, Vol. 2, n° 1, marzo de 1996, p. 73 a 93.

"Mother Tongue", en *Statistics Canada* , Ministerio de Bienes y Servicios, Ottawa, Censos de Canadá, 1992.

Smith, Anthony. *La identidad nacional*, Barcelona, Trama, 1997.

Thérien, Jean-Philippe y otros. "El surgimiento de un nuevo actor internacional", en *Interpretaciones sobre la Quebec contemporánea*, México, Universidad Autónoma de México, 1996, p. 217 a 239.

II. Nunavut y las reivindicaciones territoriales autóctonas en Canadá

Carlos Carbonell

La escasa difusión que tuvo el acontecimiento del 1° de abril de 1999 a través de las redes globales de comunicación se debió quizás a su carácter pacífico y al hecho de que su trascendencia estuviera ligada al devenir de las minorías culturales y las comunidades marginales de los estados: en esta fecha, la recomposición del mapa político-administrativo canadiense condujo a la creación de Nunavut[1], una extensión de dos millones de kilómetros cuadrados ubicada en la región ártica y reconocida como "territorio" en el seno de la confederación (ver cuadro 1)[2].

Este nuevo *status* sienta un precedente de enorme importancia en la satisfacción de las aspiraciones y derechos que las comunidades autóctonas en todo el mundo

1. Nombre del territorio que en *inuktitut* (lengua de los inuit canadienses) significa "Nuestra Tierra".
2. Canadá está compuesto de un gobierno federal, de diez provincias y de dos gobiernos territoriales, el Yukón y los Territorios del Noroeste. Nunavut, que formará un tercer territorio, surge de la división de los actuales Territorios del Noroeste en dos entidades distintas. Según la Constitución canadiense, aunque los dominios de competencia de los territorios y de las provincias sean similares, un territorio posee poderes más limitados que los de una provincia en lo que concierne al régimen de tierras. Véase Michèle Therrien. *Printemps inuit: naissance du Nunavut*, Francia, Indigène Editions, 1999, p. 42.